

Imperios de crueldad. La Antigüedad clásica y la inhumanidad

Autor / Author

Rodríguez de la Peña, Manuel Alejandro

Editorial / Publishing company

Ediciones Encuentro, Madrid 2022, 607 pp.

Si las clases del catedrático Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña no dejan indiferentes a sus alumnos, menos su producción literaria. Entre sus libros destacamos títulos como *Compasión. Una historia*, *Los reyes sabios*. *Cultura y poder en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*. Con este ensayo, el autor invita a una reflexión no solo histórica sino antropológica de la crueldad estructural de la época clásica que se convierte, en cierta manera, en modelo de las políticas del terror de nuestra historia más reciente. El enfoque de Rodríguez de la Peña resulta altamente provocador, relee la historia desde una perspectiva ética que pone de manifiesto la verdad incómoda que se oculta en el pasado clásico. El tono de todo el libro está impregnado de un mensaje esperanzador, la intención de mostrar el vínculo no es para recrearse en las ruinas de nuestra cultura, sino para mostrar que es posible su reconstrucción en la medida en que se rescaten las auténticas raíces de Europa: grecorromanas y cristianas. Así, podemos leer: «Solo desde las raíces del espíritu europeo podremos reconstruir lo que ahora es una cultura en ruinas. De hecho, todas las reconstrucciones de la civilización occidental, desde el Renacimiento carolingio, hasta la Ilustración, han pasado por un retorno y una relectura de los clásicos grecolatinos» (p. 13). El autor reconoce que «la mirada ética con la que se haga esta relectura de los clásicos resulta de fundamental importancia» (p. 14).

En la misma *Introducción* plantea un criterio histórico que se debiera tener en consideración a la hora de analizar cualquier cultura: «La crueldad del hombre es un dato permanente. Pero las estructuras sociales la pueden potenciar o aliviar en función del espíritu religioso y la ética que las anime» (p. 19). El historiador califica las culturas primitivas y el mundo antiguo como sociedades que banalizaron el mal por entender que los asesinos y verdugos gozaban de una conciencia pura, por normalizar la masacre, el sadismo, la tortura de sus víctimas, incluso cuando aquellas fueran niños y mujeres. Advierte que «la banalidad del mal propias de los totalitarismos del siglo xx no es más que

un retorno, industrializado e ideologizado, de la crueldad sistémica y la violencia estructural propias de las sociedades forjadas por el hombre en la época antigua [...] la fascinación por esta dimensión *dionisiaca* y amoral de la Antigüedad, unida al indisimulado desprecio por el humanismo socrático-cristiano, jugará un papel decisivo en este retorno de la banalidad del mal» (p. 27).

Tras la introducción, el libro se estructura en cuatro partes: *Eris y polis: la Grecia arcaica y clásica*, *Ferocitas y civilitas: la antigua Roma*, *Compasión y humanidad en el mundo clásico* y *El retorno de la Antigüedad y los imperios de crueldad de la Modernidad*.

Las dos primeras secciones gozan de un exhaustivo análisis de las fuentes históricas y literarias del momento que ejemplifican la crueldad en diferentes actuaciones: la masacre, el sacrificio humano, el sadismo político, la esclavitud, la violencia sexual y la violencia familiar. Frente a los horrores descritos, se ponen en valor aquellas figuras que eran capaces de comenzar a establecer ciertos frenos morales. El surgimiento de «una ética que introdujo una nueva empatía con el sufrimiento de los extraños e incluso de los enemigos, una empatía *aprendida* por la humanidad, pues no estaba en su herencia genética. Una ética *religiosa* en todos y cada uno de los lugares donde tuvo su origen» (p. 31). Esos orígenes no pueden obviar a Grecia. Es entonces donde el análisis histórico se complementa con el antropológico: el tema del mal y del sufrimiento acompañan la propia naturaleza humana, una mirada realista sobre nuestra condición nos permite contemplar en una misma sociedad, cultura y momento histórico personas de lo más crueles, pero a la par seres humanos compasivos, desinteresados y piadosos que se atreven a alzar la voz ante tanta iniquidad e impunidad. Pese a esas estructuras socialmente aceptadas, por tanto, sistémicas y permanentes en el tiempo, surge lo excepcional y maravilloso, unos pocos, muy pocos, capaces de denunciar la inhumanidad de sus sociedades: mártires de la compasión.

Con este planteamiento nos adentramos en la tercera parte del ensayo: *Compasión y humanidad en el mundo clásico*. Sus cincuenta páginas aparecen como un canto a la esperanza, no solo en los momentos históricos analizados, sino válida para toda nuestra especie. Si en circunstancias tan atroces como las descritas en las dos primeras secciones es posible que surjan personas con una nueva mirada de compasión hacia los sufridores, entonces el dolor, el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra. Sócrates abogaba por «una ética desinteresada basada en la justicia y la piedad» (p. 319). El bien, lo bueno, verdadero y bello debían ser los pilares sociales frente a un poder amoral que se apoderaba de la sociedad y la cultura. Pítaco, uno de los Siete Sabios, consideraba que el perdón es mejor que la venganza, una nueva filosofía impensable para sus coetáneos. Para Bías la sabiduría y la humanidad eran las dos caras de una misma moneda. En la propia Grecia arcaica nos encontramos con personas que veían espoleadas sus conciencias «con una voluntad ética inquebrantable de hacer el bien [...] y alcanzar así el dominio de sí mismo» (p. 345).

En la última parte del libro: *El retorno de la Antigüedad y los imperios de la crueldad de la Modernidad*, Rodríguez de la Peña examina la combinación letal que se produce en el Terror revolucionario, síntesis de jacobismo y clasicismo; en el bonapartismo, síntesis de la Revolu-

ción y el cesarismo; o en el Tercer Reich, síntesis de racismo, socialismo y clasicismo. El autor reflexiona sobre los aspectos en común que tienen estas tres políticas: el sistemático desprecio a la tradición cristiana y a todo su legado de humanidad, compasión y espiritualidad y además la denostación de todo lo que se vincula a la civilización medieval. Esta última parte invita a una seria reflexión sobre los riesgos de una sociedad que destierra los valores éticos y religiosos de sus raíces y nos muestra la triste realidad de nuestros días, una Europa Occidental totalmente desnortada; tal vez, es momento de alzar la voz ante la iniquidad del mal que parece haberse establecido en nuestras conciencias. ■

MIRÓ LÓPEZ, Susana

Profesora Doctora de Formación Humanística
Universidad Francisco de Vitoria
Madrid, España